

Colaboraciones de Alumnos

JOSÉ ANTONIO MONTULL: UN EDUCADOR DE CALLE CON SENTIDO

RESUMEN: *En este artículo, se describe el proyecto educativo que desarrolló José Antonio Montull durante la década de 1980, dónde y con qué muchachos trabajó, cuál fue la respuesta educativa que ofreció a los chavales como alternativa a la escuela, cuáles fueron las intuiciones que guiaron la acción educativa y liberadora de Montull y cuáles fueron los resultados de la experiencia.*

Lic. José Luis Hernández Huerta
Universidad Pontificia de Salamanca

Son muchos los educadores de calle que trabajan en España con muchachos marginados. Las condiciones materiales en las desempeñan el trabajo estas personas son precarias, pero, aún así, los resultados que obtienen son tremendos y están a la vista, si se quieren ver, claro está¹.

Día a día, estos educadores luchan porque la utopía se haga realidad, porque la vida se abra camino sea donde sea. No pretenden cambiar el mundo, tan sólo que los marginados puedan vivir en él dignamente. Y esto es muy difícil cuando los muchachos han sido expulsados del sistema por sistema, obligados, así, a vivir en la desesperanza y en la miseria, despersonalizados. Pero, aún así, los jóvenes marginados, en muchas ocasiones, encierran un tesoro que está por descubrir. Tan sólo necesitan una oportunidad.

José Antonio Montull, cura de profesión, junto con un equipo de educadores, casi todos voluntarios y de talante cristiano, desarrolló, durante la década de 1980, un proyecto educativo para muchachos marginados en uno de los barrios más pobres del norte de Barcelona. Ofreció una alternativa a la escuela y una oportunidad a los *chicos de la calle*.

1. Así, han dejado claro, una vez más, que la educación no es un tema eminentemente económico. Al contrario, parece que la precariedad material estimula a los educadores a sacar lo mejor que tienen dentro, pues sólo pueden contar con su capacidad y su carácter personal para «salvar» a los muchachos. No faltan en la historia educadores que revolucionaron la educación en condiciones más que precarias, sólo hace falta recordar a Celestin Freinet, Lorenzo Milani, A. S. Makarenko, P. Freire, etc.

El barrio, la escuela y el Centro Juvenil «Amistad»

En el barrio, de origen obrero, la *rutina –monótona y dura– era la gran protagonista*². El paro, a partir de los años 70, se convirtió en el «pan de cada día». Y las consecuencias se dejaron sentir pronto; aumentó el número de bares, apareció el alcoholismo, la violencia doméstica, la droga, la desgana y la falta de ilusión, las rupturas familiares, etc. Aún así, la vida, con todas sus contradicciones, brotaba en todas partes *con inusitada fuerza* y había *que andar bebiéndola a tragos*³.

Los más afectados por la situación fueron los muchachos, quienes se contagiaron de la falta de ilusión de los padres, y se vieron obligados a *buscar dinero como fuera –era de lo que más hablaban los adultos– buscarse la vida en la calle porque era más humano que estar en casa; y las calles –aquellas calles– se convirtieron en el lugar de encuentro y de vida, lugar de aventuras y de amistad a raudales*⁴. Pero pronto *aparecieron otros tipos más siniestros... los que habían hecho de la delincuencia y la violencia un estilo de vida. Y la calle dejó de ser un lugar de vida... y se convirtió también en lugar donde la muerte se apostaba en muchos rincones*⁵.

La escuela, que para aquellos muchachos era la única oportunidad de hacerse con la vida, de aprehender la cultura, no supo dar una respuesta adecuada a la situación –¡qué raro!–; *producía fracaso escolar –el 70% para ser exactos– y el fracaso escolar provoca frustraciones y desintereses que desagradadamente generan violencia infantil. (...) La Escuela era así un ámbito conflictivo, y el absentismo escolar era cada vez mayor y más prematuro. (...) La calle –con todas sus contradicciones– era el centro de toda referencia en la vida de los niños y jóvenes*⁶. Así, una vez más, la escuela se convirtió en un medio eficaz para perpetuar, e incluso aumentar, las desigualdades sociales. El futuro de los muchachos se presentaba *roto e inhumano*.

En esta situación, un grupo de educadores comprometidos trabajó duro para remontar el tiempo perdido, para procurar hacer de la vida de los muchachos algo un poco mejor. Tomaron como punto arranque el Centro Juvenil «Amistad», que fue, para muchos jóvenes, *el lugar donde se sintieron acogidos, donde encontraron sus primeros amigos, donde tuvieron un espacio de libertad y de juegos. (...) El Centro ofrecía excursiones, talleres, juegos, colonias, acampadas, teatro y veladas... deporte*⁷, y también la posibilidad de obtener el título de Graduado Escolar.

La idea de ofertar la posibilidad de obtener el Graduado Escolar surgió porque lo que hasta entonces se ofrecía en el Centro dejó de tener interés para los muchachos. Sin embargo, la obtención del Graduado Escolar era un aliciente realmente atractivo para los chavales, pues la mayoría no lo tenían y era imprescindible para encontrar cualquier tipo de trabajo. Así, pronto se puso el equipo de educadores «manos a la obra»; *se movieron y consiguieron mesas, mapas, cuadernos, pizarras y todo lo necesario para impartir las clases; así mismo se consiguió vía legal para dar los títulos de Graduado. Ya sólo faltaba lo más importante: los jóvenes*⁸.

2. José Antonio MONTULL. *Chicos de la calle*, Editorial CCS, Madrid, 1994, 12.

3. Ibid.

4. Idem., 14.

5. Ibid.

6. Idem., 15.

7. Idem., 16.

8. Idem., 18.

Poco a poco, fueron llegando chavales del barrio al Centro. Aparecían por la puerta con las carpetas y los cuadernos escondidos. No se podían permitir que los «colegas» viesen que se tomaban la escuela en serio, que se preocupasen por otra cosa que no fuese la diversión y la «pandilla». El hecho de asistir a las clases era todo un logro para los muchachos, pues se jugaban en ello el «respeto» de los «colegas». Todos eran diferentes, cada uno pertenecía a una «tribu urbana», pero todos compartían una experiencia vital con puntos en común, que les había hecho ser como eran.

Los muchachos: características

La mayor parte de los muchachos marginados carecen del título de Graduado Escolar. *Y esto por una sencilla razón: porque la Escuela es frontalmente rechazada por estos chavales, y (...) la institución escolar rechaza a su vez a estos jóvenes porque no está preparada para asumirlos*⁹.

Las características de los chavales, cuyas edades oscilaban entre los 15 y los 20 años, son similares a las tipificadas por los psicólogos, sociólogos y trabajadores sociales, a saber¹⁰:

- Todos eran víctimas del fracaso escolar. Es la consecuencia directa de la incapacidad de la escuela para dar respuesta a estos muchachos, otra que no sea «una patada en el culo».
- La mayoría habían vivido –y siguen haciéndolo– situaciones familiares conflictivas, con problemas de alcohol, paro, y con conductas delictivas de alguno de los familiares.
- Estaban faltos de contención, pues nunca habían tenido límites.
- Presentaban falta de concentración, siendo incapaces de desarrollar una misma actividad sin interrupción en un espacio de tiempo corto.
- Hacían gala de una preocupante inmadurez afectiva, consecuencia de haber tenido que crecer antes de tiempo. También presentaban carencias afectivas individuales, sentían miedo a la soledad y necesitaban del «grupo» para sentirse protegidos y seguros; así surgía un nuevo problema: la voluntad individual quedaba relegada a un segundo plano, siendo la voluntad de la «banda» la que prevalecía, por muy irracional que pudieran ser las decisiones tomadas.
- La inteligencia la tenían anquilosada, pues nunca la habían trabajado.
- Rechazaban por sistema todo lo relacionado con la escuela.
- Las reacciones de solidaridad e insolidaridad eran siempre extremas, sin punto medio.
- Sentían pasión por el dinero y por la diversión fácil y rápida.
- Eran víctimas de la economía sumergida y del capitalismo más inhumano, pues trabajaban –aquellos que podían– muchas horas por poco dinero, el cual volvía a la multinacional donde trabajaban¹¹.
- Algunos de ellos habían tenido experiencias prematuras con las drogas, incluso alguno ya era adicto a alguna sustancia.

9. Idem., 19.

10. Cfr. Idem., 19-21.

11. El poco dinero que obtenían era gastado en artículos propios del estado de bienestar social, descuidando los aspectos fundamentales de la vida, como puede ser la alimentación (generalmente se alimentaban de bocadillos).

A pesar de todo, los muchachos eran personas con un gran potencial y con grandes valores, sus valores¹². Era gente que valía. Pero todo estaba misteriosamente escondido, como en un letargo del que –por las propias historias tan duras– no podía despertar.

La respuesta educativa

Si educar significa literalmente «conducir hacia fuera» lo que uno lleva dentro, nuestra misión tenía que ser ayudar a que estos jóvenes descubrieran todo lo que de bueno tenían para así potenciarlo. Había pues que estructurar una organización que consiguiera ilusionar por la cultura a jóvenes que la habían rechazado¹³.

El programa educativo¹⁴ que se estableció, sustancialmente diferente al oficial, para dar respuesta a las necesidades de los muchachos contemplaba clases tradicionales¹⁵, actividades lúdicas¹⁶ y talleres¹⁷. El método pedagógico por el que se optó fue el *inductivo*¹⁸, centrado en el diálogo¹⁹ y la atención personalizada²⁰, aspectos que eran facilitados por el reducido número

12. *Solidarios y amigos de verdad, compartían todo lo que poseían. Cuando alguien tenía un problema, contaba siempre con el apoyo de los demás. En cuanto empezaban a ilusionarse por aprender, se entregaban con atención al trabajo en clase.* (Idem., 21).

13. *Ibid.*

14. El proceso que seguía el programa constaba de tres fases, establecidas y surgidas de la dinámica natural de aprendizaje, de la espontaneidad de los muchachos: fase 1, en la que los muchachos descubrían el carácter de los profesores (duraba entre tres semanas y un mes). Fase 2, caracterizada por el conflicto; en esta fase, los muchachos intentaban que el profesor respondiera a las provocaciones, pues eran conscientes de que cuando el profesor manifestaba su inseguridad, crecía la suya propia (duraba varios meses). Fase 3, en la que se aceptaban a las personas tal cual eran; *profesores y alumnos se habían ido descubriendo; los chavales se habían sentido seguidos, con límites concisos y constantes. Primaba aquí la amistad y la tolerancia. (...) era cuando se trabajaba de verdad, la clase se convertía en algo interesante donde la vida era reflexionada; el bar se convertía en aula... y hasta –a veces– el aula, en bar.* (Idem., 23-24).

15. Las clases se impartían de lunes a viernes; de 17:30 a 21:00. Éstas duraban 50 minutos, y, cuando se empezaba a trabajar, nadie más podía entrar en clase; la puntualidad era uno de los aspectos que se llevaban a rajatabla, pues ayudaba mucho a que los muchachos aprendiesen a estructurar y organizar la vida. (Cfr. Idem. 22).

16. Para propiciar un clima de amistad y de confianza, se organizaban actividades lúdicas, algunas relacionadas con las asignaturas que se estudiaban. Organizar actividades para el tiempo libre era muy complicado, pues los muchachos vivían en el tiempo libre. A pesar de las dificultades, se organizaron colonias, acampadas, salidas al barrio, fiestas, actividades deportivas, etc. Estas actividades eran obligatorias. (Cfr. Idem., 27).

17. El objetivo de los talleres era *hacer que los chavales tomaran conciencia de que servían para algo*, aprendiendo así a quererse a sí mismos. Cada taller duraba un trimestre, y cada chaval tenía que ir cambiando, sin repetir, cada vez que se iniciaba un nuevo taller. Los talleres que se realizaron fueron los siguientes: informática, encuadernación, repostería, corte y confección, fotografía, macramé, marquetería, horticultura, teatro, deporte, tapices, guitarra, bailes de salón, estampado de camisetas, etc.

18. *Idem. 22. En Sociales, por ejemplo, empezábamos hablando del barrio, de su historia, para ir abriendo progresivamente el campo de mira.* (Ibid.).

19. *No se trataba sólo de que el profesor hablara –aunque era él, y esto estaba muy claro, el que dirigía la clase e intervenía más– sino de que todos pudieran entablar una pequeña conversación.* (Ibid.). Fíjense en que esta idea no es original en el mundo de la pedagogía; recuérdense las experiencias de Freinet, Freire, Milani y Neill, quienes, de una forma u otra, otorgaban al lenguaje y a la capacidad de comunicación suma importancia, quizás fuese lo que más les interesaba, *dar la palabra*. Esto lleva a plantearse qué avance tan poderoso se ha producido en el mundo de la pedagogía que justifique la reducción de horas que ha sufrido la lengua y la literatura en los programas oficiales, siendo en la actualidad una pantomima. ¿Acaso no es la capacidad de comunicación y de generación de cultura lo definitorio de la especie humana, lo que la diferencia del resto de los animales?, ¿acaso el hombre no aprehende el mundo denominándolo, poniendo el nombre a las cosas? Por favor, basta ya de enterrar vivas, en su propia miseria, a las personas. Dejemos que ellos también se hagan con el mundo, que participen de él y que sean partícipes del mismo.

20. Se estableció un método tutorial para hacer un seguimiento individualizado de los aprendizajes, de manera que cada muchacho tenía un educador como tutor, el cual, para realizar eficazmente su labor, no podía tener más de 5 ó 6 chavales a cargo. La asignación de tutores no se realizaba hasta después de unas semanas de clase, de

ro de alumnos –20– por clase. Esta forma de obrar requería que el profesor tuviese la capacidad y la habilidad para moderar adecuadamente el diálogo, procurando no salirse del tema, y para que el respeto reinara en la discusión, pues *no hay que olvidar que no eran chavales acostumbrados a pedirse la palabra, sino más bien a arrebatársela a gritos*²¹. El principal reto era ayudar a los alumnos a descubrir que estaban aprendiendo, que, poco a poco, estaban progresando; tarea complicada, pues los principales avances que realizaban los muchachos concernían al terreno de lo personal, y estos aprendizajes son difíciles de percibir sin ayuda.

A pesar de que el proyecto educativo se basaba en la relación personal, de amistad, de cariño, de solidaridad, de compasión –padecer con el otro–, se excluyó la posibilidad de que los padres participaran del programa. *De alguna manera hubiera sido una contradicción con el estilo educativo. (...) Si hubiéramos tenido relación con las familias, los chavales se nos habrían ido. Apostábamos totalmente por su libertad, creíamos en cada uno de ellos y ellas. Si no venían a clase, si mentían, si se portaban mal, si llegaban colocados, si habían tenido alguna pelea, era una cuestión que había que afrontar con ellos, con nadie más*²².

Cada una de las actividades que se realizaba durante el curso era objeto de evaluación. Ésta, se realizaba cada tres meses. Y en la papeleta de notas tan sólo aparecía «apto» o «no apto», sin ninguna otra calificación²³. Esto era así porque se valoraba primordialmente *el proceso personal en el que habían estado inmersos y del que eran conscientes*²⁴ y no la posesión de conocimientos. De esta manera, se establecieron los talleres, el trato con los compañeros y con los educadores, la participación en las actividades lúdicas y la asistencia a clase como aspectos susceptibles de ser evaluados. Y, paradójicamente, se podía suspender²⁵; *si se tenía alguna asignatura suspendida era el profesor quien se encargaba de pautarle el proceso de recuperación; si el «no apto» lo tenía en algún aspecto diferente, era el tutor quien se encargaba a través del seguimiento de que aquellas actitudes fueran recuperadas*²⁶.

El método y el carácter del educador de calle

José Antonio Montull no ha elaborado ninguna teoría pedagógica ni ha establecido un método para educar en situaciones conflictivas, ya que –según éste– *no hay sistemas eficaces*

manera que se pudiesen descubrir las características de los chavales, asignando a cada uno de ellos el monitor que mejor conectase con los intereses del muchacho. Entre el tutor y el muchacho se establecía un fuerte vínculo personal. Así, el tutor descubría la historia personal de cada uno de los muchachos. Esto hacía que el chaval se sintiese querido y reconocido, aumentando así la autoestima de este.

21. Ibid.

22. dem., 32.

23. Eso sí, *junto a las papeletas, el tutor o tutora solía incluir una carta personal que rompía de algún modo la frialdad de una papeleta codificada. En la carta había (...) un reconocimiento alegre de la superación hecha por el chico o la chica, una animación a proseguir en tal superación pero en otros aspectos de su vida, una referencia optimista a Dios, una proclamación de amistad y una felicitación.* (Idem., 103.). Al final del documento se ha reproducido, como ejemplo, una de esas cartas que acompañaban a la papeleta de evaluación.

24. Idem., 103.

25. Lo más lógico sería pensar que los suspensos no podían tener cabida en este proyecto. Chicos marginados, desfavorecidos,... pobrecitos, cómo se les va a suspender. A lo mejor se traumatizan. Sin embargo, la pedagogía de la compasión no tenía espacio en «Amistad». Los educadores sabían que había que exigirles para que diesen lo mejor de sí, que era mucho. Sabían que el suspenso y la repetición, si es con sentido y se establece un plan de recuperación apropiado, tiene enormes posibilidades terapéuticas: se responsabiliza al muchacho de lo que hace, se promueve la cultura del esfuerzo, se ponen límites y normas, se motiva a los chavales, aumentando el interés por la autosuperación, etc. ¡Cuánto tiene que recordar la escuela!

26. Idem., 30.

*totalmente, ni –mucho menos- inmediatos. El ser humano –gracias a Dios- es capaz, en su libertad, de decir que no a lo que quiere, incluso a un excelente plan educativo diseñado por especialistas*²⁷. Simplemente se guió por el sentido común, como otros grandes educadores del siglo XX²⁸, pues, según Montull, sólo *hay intuiciones, sugerencias, reflexiones colectivas de equipos de educadores, acciones planificadas que van tejiendo la vida educativa de estos jóvenes día a día*²⁹. Y de la experiencia, vivida apasionadamente y reflexionada, han surgido una serie de *intuiciones*, algunas de ellas aplicables al ámbito escolar normalizado, que conviene tener en cuenta a la hora de trabajar con los *chicos de la calle*, a saber³⁰:

– El educador no debe imponer sus propios criterios, pues no son los mismos que los de los chavales.

– Dar tiempo al tiempo, sin prisa pero sin pausa, aprovechando al máximo el tiempo para recuperar el que les ha sido arrebatado a los muchachos.

– Hay que acercarse a los jóvenes tal y como uno es, salir a buscarlos y acogerles³¹.

– Hay que ofrecer un proyecto educativo y comprometerse con éste, y, por supuesto, hay que creer siempre en los chavales y en su posibilidad de cambio, aunque ni ellos crean en sí mismos³².

– Hay que interesarse por toda la vida del muchacho, no exclusivamente por su comportamiento en el centro educativo. Entrar en la vida del chaval conlleva entrar de lleno en el conflicto y en el desorden que vive día a día, a riesgo de contagiarse de los desajustes del muchacho.

– Hay que guardar los secretos que confían al educador, aunque genere conflictos morales en éste.

– Hay que ayudar a los muchachos a que se conozcan a sí mismos, a que reflexionen sobre sus acciones.

27. Idem., 115.

28. Recuérdense las experiencias de Milani, Freinet, Freire y Makarenko. Parece que la pedagogía, la buena, la de verdad, no es cuestión de ciencia, demostrable y contrastable; más bien lo es de sentido común, del «buen hacer», y, sobre todo, de compromiso.

29. Ibid.

30. Cfr. Idem., 115-119.

31. *De alguna manera fuimos al encuentro de ellos. Fuimos a su ambiente y hablamos de su vida y de sus historias. No esperamos a que ellos vinieran, fuimos a buscarlos. Creo que no basta con tener Centros y relacionarnos con los jóvenes en nuestros Centros, hay que ir a buscar a los jóvenes, hay que salir a su ambiente; hay que romper con esa idea que muchas veces tienen de que los educadores están donde hacen la educación (escuelas, parroquias, esplanais...). Y, además, hay que acogerlos: deberíamos plantearnos con frecuencia cómo acogemos a los jóvenes en dificultad. Todos sabemos lo importante que es ser recibido con una sonrisa o con alguna actitud que inspire confianza. Las personas agradecemos los gestos que quitan rigor a las situaciones nuevas y les dan un tono de familiaridad. (...) Poner cara de pocos amigos ante un joven difícil que nos llega es situarnos en la perspectiva de un guardia jurado, no de un educador.* (Idem., 71-72).

32. *...el educador debe manifestar la fe en ellos. Si ni el educador cree en sus posibilidades de cambio, ¿quién lo hará? La confianza es liberadora. ¿Cuántos jóvenes se han abandonado en el camino de la delincuencia porque nadie nunca confió en ellos? (...) Por ello, es necesario hacer un acto de fe; cerrar los ojos y manifestar «nosotros creemos que estos chavales pueden ser libres y construir su vida, a pesar de que el fuego que queríamos evitar estalle en nuestras propias manos».* (Ibid.). *Si el educador no cree en el joven marginado, por más desajustado que esté, el milagro de la educación no brotará de ninguna manera.* (Idem., 48).

- Hay que marcar bien los límites y exigir que se respeten, siempre y cuando sean razonables, y siempre con autoridad³³. Asimismo, hay que contener, no ceder³⁴.
- Hay que saber «leer» las reacciones de los muchachos, interpretándolas en su justa medida y educándolas.
- Hay que amar profundamente al muchacho, desde una amistad noble, educativa y desinteresada, apostando todo por él y dejándole crecer, ser él mismo³⁵.
- Hay que trabajar en equipo, de lo contrario, el educador corre el riesgo de «quemarse» y desilusionarse. También, por la misma razón, conviene que el educador busque mecanismos de «desintoxicación» para tranquilizarse, para recordarse a sí mismo que su vida está más estructurada, para ser más libre y educar mejor, para descansar y recuperar la serenidad que deberá contagiar³⁶.

Pero no basta con saber cómo. El educador debe tener un carácter personal especial. Lo que éste debería ser y hacer es³⁷:

- *Ser testigo del Evangelio en medio de un mundo roto donde existe en gran medida la explotación juvenil.*
- *Aprovechar las situaciones concretas que se van viviendo para ayudar a revisar el la vida desde el Evangelio.*
- *Ser capaz de fomentar mucho la relación personal con cada chico o chica ayudando a que cada uno de ellos se encuentre con el misterio de un mismo.*
- *Crear que siempre que cada chico o chica son portadores del misterio de Dios, teniendo presente que los excluidos y los acusados nos precederán en el Reino de los Cielos.*
- *Ser plenamente solidario en la vida de estos jóvenes, tanto en los momentos de fiesta como en los de dolor, ayudando a darles sentido.*
- *Estar siempre alegre y sereno.*
- *Preferir las personas a las actividades y a las instituciones, por más que estén al servicio de los pobres.*

33. ...es fundamental educar desde la autoridad y con la autoridad respetable. (...) han de tener muy claro las consecuencias a las que lleva trascender los límites y, en el caso de que eso ocurra, el educador ha de aplicar la sanción pactada. El hecho de que uno traspase los límites y no tenga consecuencia alguna porque el educador o la educadora le han «perdonado» es, sin duda, contraproducente. (...) El paternalismo –que siempre suele ser negativo– lo es mucho más cuando se está con jóvenes cuyos padres no son referencias positivas en su vida. (...) Tiene que quedar siempre claro quién es el que tiene la autoridad y cómo se aplica. (...) Cuando la autoridad viene refrendada desde el amor y la amistad se convierte en el gran instrumento para que las personas vayan creciendo en seguridad personal y en libertad. (Idem., 82-83).

34. No ser débiles a la hora de enfrentarse y exigir el cumplimiento de las normas. (...) Para garantizar un ambiente educativo y liberador, los límites tienen que estar muy claros; ser muy laxo en esto conllevaría la corrupción del ambiente. (Idem., 117).

35. ...hay una cosa cierta (...): la eficacia educativa del amor. Los jóvenes son especialmente sensibles para distinguir entre los educadores que simplemente cumplen con su deber y los que, además, aman. (...) Pero, no se trata de amar, sino de hacer descubrir que se es amado. (...) Y el amor educativo, como cualquier otro amor, lleva a jugarse el tipo por la persona amada, lleva a apostar por ella y a darle la vida (...), aunque también debe ser exigente y –necesariamente– entra en conflicto con personas tan poco acostumbradas a la exigencia. En definitiva, la educación siempre, pero la de los jóvenes en dificultad especialmente, es cuestión de profesionalidad, pero –prioritariamente– de corazón. (Idem., 58-59).

36. Idem., 119.

37. El perfil de educador que a continuación se presenta está orientado principalmente a educadores cristianos. Bien es verdad que estas características se pueden traducir al lenguaje laico, si alguien se siente incómodo por obrar siguiendo las enseñanzas de una religión basada en el amor y en la liberación, haciéndose así perfectamente aplicables en cualquier ambiente.

- Ayudar a que entiendan la fiesta como celebración de la amistad.
 - Favorecer actividades colectivas en las que puedan experimentar el valor de hacer cosas por los demás.
 - Denunciar la injusticia desde el Evangelio. Y anunciar un estilo de vida basado en el amor.
 - Ser consciente de que soy hombre de Iglesia; por tanto, actuar no por cuenta propia sino sintiéndome enviado; eso implica, a su vez, sentirme también enviado en sentido inverso, desde los pobres a la Iglesia.
 - Trabajar siempre en grupo. Crear una comunidad de educadores ayudando a reflexionar, a la luz de la fe, las cosas que se van viviendo con los chavales.
 - Rezar. Reconocer que sólo soy instrumento, no protagonista. Poner mi fragilidad en manos de Dios para que sea Él quien tome mi vida y la transforme para que yo pueda transformar un poquito otras vidas.
 - Tener presente que todos los momentos, buenos y malos, que se viven con estos jóvenes, son relativos y que hay que ir aprovechándolos para ir construyendo la educación. Los éxitos y los fracasos hay que valorarlos al cabo de mucho tiempo.
 - Tener presente que Jesús de Nazaret ha roto la separación entre lo religioso y lo profano. El velo del Templo ha quedado rasgado. El encuentro con el Dios de Jesús no se da principalmente en ambientes piadosos, sino entre los pobres y los oprimidos.
- Pero, ¿cuáles fueron los resultados de esta experiencia de educación de calle?, ¿merece la pena entregar la vida para intentar «salvar» a estos muchachos?

Los resultados, una puerta abierta para la esperanza

Al 80 % de los chicos y chicas que participaron de él (del proyecto educativo) les fue francamente bien. A otros, no. Pero detrás del proyecto están las personas, las historias, las vidas, las relaciones –festivas unas veces; virulentas, otras–; detrás está la amistad derramada a borbotones; detrás también se agazapa la muerte, traicionera e injusta. Pero la grandeza de los resultados no reside en los números. Lo realmente importante es que la utopía se hizo realidad en cada uno de los muchachos, que aprendieron a vivir libres y sin miedo, se hicieron, al menos más que antes, dueños de sus vidas. Cada vida que fue devuelta, con o sin resultados visibles, significó un éxito.

Pero, aún así, cabe la duda de si merece la pena realmente seguir luchando por una causa que parece perdida de antemano. Esto mismo se lo preguntó Montull y a él se lo preguntaron los propios muchachos:

- ...Y entonces, interrumpiéndome, uno de aquellos chavales me lanzó a bocajarro una pregunta que ha sido de las más serias que me han hecho en la vida.*
- Oye, espera, no organices nada... Vosotros ¿por qué hacéis esto?
 - ¿Qué quieres decir? –le contesté–.
 - Pues eso... ¿Por qué organizáis partidos de fútbol, colonias, un graduado, una ludoteca? ¿Por qué os complicáis tanto la vida por nosotros?
 - Es muy fácil, Pulga. Porque os queremos.
 - Sí, sí, pero... ¿creéis que vais a cambiarnos?
 - Bueno –yo no sabía muy bien qué responder–, yo creo que algo sí podemos ayudar a cambiaros; claro que lo de cambiar es un asunto vuestro.

– *Mira, a nosotros no nos cambiaréis. Sois amigos nuestros, vale. Pero no vais a cambiarnos. Conseguiréis que aquí no fumemos porros, pero no conseguiréis que dejemos de fumarlos fuera. Conseguiréis que aquí no nos peleemos, pero no habéis conseguido que dejemos de hacerlo cada fin de semana.*

El razonamiento era aplastante y muy real.

– *Mira –dijo uno de ellos rebosante de honradez–, lo mejor que podéis hacer es dejarnos en paz. Estáis siempre preocupados siguiéndonos en todas las cosas de nuestra vida. Os interesa tanto lo que hacemos fuera de aquí como lo que hacemos aquí. A veces agobiáis. Si queréis ser nuestros amigos, dejad de comernos la cabeza con lo que hacemos en nuestra vida fuera de aquí. Si sois colegas, dejarnos en paz.*

– *Además –continuó Fran– no vais a cambiarnos en nada. ¿No os dais cuenta? Mira, tío. Antes que estuvieras tú aquí, Laura ya venía al Graduado... y ya ves el caso que debió hacer.*

Tuve que pensar un poco. Luego continué:

– *A ver. Habéis dicho muchas cosas en muy poco rato. Yo creo que vosotros podéis cambiar en mucho, ya lo creo... Además, ya habéis cambiado. Pensad que hace un año erais incapaces de aguantar más de diez minutos en clase; ahora, sin embargo, estáis a punto de sacar el Graduado. Mirad, nosotros no podemos dejar de preocuparnos por vosotros, porque si lo hiciéramos no seríamos vuestros amigos. (...) Quizás tengamos que ser menos pesados, vale, pero no podremos prescindir de toda vuestra vida mientras seamos amigos.*

(...) Años después estuve viendo en la cárcel a uno de aquellos tres jóvenes. La vida no le sonreído en exceso. Recordaba la conversación.

– *Es verdad, seguís preocupándoos no sólo del Graduado, sino de toda nuestra vida... y después de varios años.*

– *¿Ves? tenía razón.*

– *En eso sí, pero no conseguiste cambiarme. En eso tenía yo la razón.*

Y estaba en lo cierto. No quise decirle que sus otros dos compañeros sí habían cambiado³⁸.

Al final, sólo queda la perseverancia, la esperanza y la fe.

«No recogéis a las ovejas descarriadas ni buscáis a las perdidas. En este mundo andamos siempre entre las manos de los ladrones y los dientes de los lobos feroces... además, las ovejas son obstinadas. Cuando se extravían y las buscamos, nos dicen, para su error y perdición, que no tienen nada que ver con nosotros: “¿Para qué nos queréis? ¿Para qué nos buscáis?”. Como si el hecho de que anden errantes y en peligro de perdición no sea para nosotros la causa de que vayamos tras ellas y las busquemos. “Si ando errante –dicen– si estoy perdida, ¿para qué me quieres? ¿Para qué me buscas?” Te quiero hacer volver precisamente porque andas extraviada; quiero encontrarte porque te has perdido.

“Pero si yo quiero andar así; quiero así mi perdición”. ¿De veras así quieres extrañarte? ¿Así quieres perderte? Pues tanto menos lo quiero yo. Me atrevo a decirlo, estoy dis-

38. Idem., 113-114.

puesto a seguir siendo inoportuno... Tú quieres extraviarte, quieres perderte, pero yo no quiero. Y, en definitiva, no lo quiere tampoco Aquel a quien yo temo.

... De manera que seguiré llamando a las errantes y buscando a las perdidas. Lo haré, quieras o no quieras. Y, aunque en mi búsqueda me desgarren las zarzas del bosque, no dejaré de introducirme en todos los escondrijos, no dejaré de indagar todas las matas; mientras el Señor, a quien temo, me dé fuerzas, andaré de un lado a otro sin cesar...»³⁹.

39. Idem., 120, que cita un fragmento «Del sermón de San Agustín, obispo de Hipona, sobre los pastores».

i. Querido amigo Lolo:

Seguramente te extrañas de que te escriba esta carta al lado de tu hoja de notas. Me parece que hay cosas que son tan importantes que hay que dejarlas por escrito. Quiero decirte que estoy contento y agradecido de que, después de mucho esfuerzo, hayas aprobado el Graduado.

Te voy a decir por qué.

Te conocí hace tres años. Viniste una tarde al centro para hacer una Asamblea con toda la peña que estabais tomando cola y haciendo destrozos. Luego venías de vez en cuando a jugar o a hacer algún taller. Un día me preguntaste si podrías venir al Graduado en el caso de que te expulsaran de la Escuela. Te contesté que había que tener al menos quince años para hacer el PRE, o sea que no podías venir porque sólo tenías catorce.

Al poco tiempo me enteré de que ya no ibas al Cole y me supo muy mal que anduvieras tan colgado y sin nada que hacer.

Al año siguiente volviste. Empezaste el PRE y no lo aguantaste; volver a coger el boli y meterte en una clase –aunque fuera un barracón– te costaba mucho (y lo entiendo). Al cabo de dos o tres meses, ya no aguantaste más y te fuiste. Me supo muy mal otra vez, porque no había manera de ofrecerte algo que te pudiera gustar y te pudiera hacer bien.

Una vez más, volviste al principio de este curso; además has empezado a trabajar en varios sitios... No has aguantado en todos, pero **te has sacado el graduado**. Te aseguro que estoy muy contento. Lo importante no sólo es que por fin tengas el Graduado; lo más importante es que te has esforzado y has conseguido aguantar todo el año.

Es verdad, creo que te has esforzado. A lo largo de este curso nos hemos cabreado bastantes veces... Unos días llegabas agobiado del trabajo...; otros días yo llegaba cansado. Te he metido muchas broncas, te he gritado muchas veces, te he llegado incluso a echar de clase cuando ya estabas muy nervioso..., pero has llegado hasta el final; has aprobado y te lo has merecido.

Eso me hace pensar que tienes que confiar mucho en ti. Mira, cuando tu llegaste aquí no creías que aguantarías hasta final de curso, sin embargo el esfuerzo que has hecho te ha llevado al aprobado y eso es señal de que puedes hacer un montón de cosas con esfuerzo. Cuando hace tres años estabas esnifando cola en las calles, te reías de los que iban al Graduado porque tú te considerabas incapaz de ir algún día... Hoy ya lo tienes, y te lo has ganado tú.

Procura dominarte el carácter antes de hacer una pirula; tienes que ir dejando de portarte como un crío... Lo puedes hacer con esfuerzo, el mismo que has puesto para venir aquí cada día aunque estuvieras muy agobiado por el curro.

¡Ah!, el último consejo. No te pelees; una pena que gente tan maja como tú ande siempre de bronca.

Lolo, amigo, felicidades. A ver si lo celebramos. Ya me contarás que te han dicho en casa.

Josan. (Idem., 105-106.)

(Nota: Josan es José Antonio Montull, así le llamaban los muchachos.)